

D. FRANCISCO DE P. GUZMAN

D. FRANCISCO DE P. GUZMAN.

AL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS.

ODA.

Rica fuente de amores,
Manantial de consuelo y esperanza,
De finos amadores
Cumplida bienandanza,
Del pecador aliento y confianza:

Tú de la sangre fuiste
Del Cordero de Dios urna sagrada,
Y bullir la sentiste
En tu seno inflamada
Por verse en mi rescate derramada.

De su piedad la alteza
El Padre puso en ti con larga mano,
Y toda la riqueza
De su amor soberano,
Gloria y delicia del linaje humano.

La caudalosa vena
De su virtud benéfica y fecunda
Desciende á ti serena,
Y tus senos inunda,
Y en mil prodigios de bondad redunda.

Sola una vez probaste
Para el castigo tu poder robusto,
Y severo arrojaste
Con el azote justo
Al torpe mercader del templo augusto.

Mas ¿quién, Señor, podría
Numerar los magníficos portentos
Con que tu amor solía
Encadenar los vientos
Y serenar turbados elementos;

Sustento generoso
Dar á míseras turbas condolido,
Al ciego y al leproso
Su remedio cumplido,
Y de Satán al triste poseído?

¡Qué de amargos dolores,
Qué de miserias á tu voz huyeron!
Torrentes de favores
En Israel corrieron,
Y al envidioso abismo entristecieron.

Marta doliente, dinos;
Refiérenos, María generosa,
Los suspiros divinos,
La angustia dolorosa
Del Señor de la vida ante esa fosa.

Lázaro descansaba,
Presa ya corrompida de la muerte;
Pero Jesús le amaba....
Y el Hijo del Dios Fuerte
Lágrimas tiernas por su amigo vierte;

Y con voz que la esfera
Un día enlutará del sol luciente,
«Lázaro, ven afuera»,

Grita el Omnipotente;
Y Lázaro á sus pies vuela obediente.

Pero ¡cuán extremada
Se ostenta la virtud irresistible
De tu alma enamorada
En curar la invisible,
Torpe gangrena del pecado horrible!

Por ella, de Zaqueo
El ruin afán de lucro miserable
Ya convertido veo
En codicia envidiable
De la sola riqueza inagotable.

Canta, Samaritana;
Celebra en himno eterno tu ventura:
Á su voz soberana
Rendida el alma impura,
Sed tuviste de amor que siempre dura.

De asquerosos amores
Vil morada tu pecho, Magdalena,
Á tus fieros señores
Atada en vil cadena,
Rodando vas á inacabable pena:

Mas no, que en tu camino
Jesús te encontrará. Sus castos ojos:
Con amor peregrino
Te miran, y de hinojos
Á sus plantas caiste, por despojos.

Trayendo á su victoria:
Tu grande corazón, despedazado:
Por la amarga memoria
De tu Dios ultrajado,
Y en ansias de ser suyo dilatado.

Del celestial rocío
Que baña tus entrañas abundoso,
Devuelves largo río,
Que refresca amoroso
Los pies del que aun se digna ser tu esposo.

Él tus lágrimas paga
Dándote que acompañes á María,
Cuando terrible daga,
Cantada en profecía,
Implacable taladre su alma pia;

Y logres en el huerto,
Cuando vayas solícita á buscarle
Junto al sepulcro abierto,
No cadáver honrarle,
Mas anegado en gloria contemplarle.

¿Y así, mi Dios, regalas
Á quien cifró su dicha en ofenderte?
¿Y de esposa en las galas,
Un gemido convierte
Del corazón, los paños de la muerte?

Yo también olvidado
Largos años de ti, y á tu enemigo
Con toda el alma dado,
Tus riquezas prodigo,
Y á tormentos sin término me obligo.

Y mientras yo, durmiendo
Sueño de muerte, á perdición rodaba,
Tu corazón gimiendo,
En mi guarda velaba,
Y por salvarme á mi pesar, luchaba.

¿Qué te va á ti, Rey mío,
En que este desgraciado viva ó muera?
Tu inmenso poderío,

Tu gloria siempre entera,
Para brillar mi rendimiento espera?

Venciste, dulce hermano;
Del fondo del abismo me sacaste,
Y con tu propia mano
Mis heridas curaste,
Y de tus ricas galas me adornaste.

Luego, á tu mesa puesto,
Como tus fieles hijo regalado,
Por tus manos dispuesto
Gusté rico bocado,
En que te das á mi alma recatado.

Morada de sosiego,
Trono de santidad, fuente de vida,
En amoroso fuego
Haz que mi alma encendida
Respire sin cesar contigo unida.
